
CRISTIANOS EN EL MUNDO

**MENSAJE DE LOS OBISPOS DE LA C.E. DE APOSTOLADO SEGLAR
CON OCASIÓN DEL
DÍA DEL APOSTOLADO SEGLAR Y DE LA ACCIÓN CATÓLICA**

15 de mayo de 2005

Los cristianos, durante el tiempo pascual, hemos celebrado con gozo y alegría desbordantes el triunfo de Jesucristo sobre el poder del pecado y de la muerte. Los textos litúrgicos proclamados en las celebraciones eucarísticas de estos días nos muestran al Señor, acercándose a los suyos, para hacerles ver que ha resucitado, según estaba anunciado en las Escrituras santas. Estos encuentros ayudan a los discípulos a recuperar la alegría y la paz perdidas, a restablecer la comunión entre ellos, a vencer el miedo y a salir en misión hasta los confines de la tierra, acogiendo el mandato de Jesús: “Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado” (Mc. 16, 15-16).

Como el Maestro fue enviado por el Padre al mundo, también sus discípulos, la Iglesia toda, son enviados al mundo para anunciar y dar testimonio de Aquél, a quien ellos mismos han reconocido con sus propios ojos después de resucitar de entre los muertos. Desde aquel momento, nadie podrá frenar el ímpetu evangelizador del apóstol Pedro y de los demás discípulos. Lo que ellos han visto deben comunicarlo a todos, porque esta en juego la salvación de la humanidad y, además, es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. “Nosotros, señalan, somos testigos...El nos encargó predicar dando solemne testimonio de su resurrección”.

Esta misión de ser testigos del Evangelio en el mundo, confiada por el Señor a todos los bautizados, incumbe de modo especial a los fieles laicos. Ellos viven en el “corazón del mundo”, es decir, están implicados en todas y cada una de las actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Ahí es donde Dios les llama, les manifiesta su designio y les comunica la particular vocación de buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios.

Nuestro querido Papa Juan Pablo II, recientemente llamado a la casa del Padre, refiriéndose a esta presencia de los laicos en el mundo, decía: “Su vida según el Espíritu se expresa particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las realidades terrenas” (Ch. L. 17). Por eso, los cristianos laicos, al mismo tiempo que participan en las celebraciones sacramentales y en los proyectos evangelizadores de la comunidad cristiana, como ciudadanos de la sociedad “de ningún modo pueden abdicar de su participación en la “política”; es decir, en la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (Ch. L. 42).

Los cristianos, que quieren seguir a Cristo como único Señor de sus vidas, deben tomar conciencia de que, con su presencia y actuación en la vida pública hacen presente a la Iglesia en el mundo y colaboran eficazmente con su compromiso evangélico a la animación y transformación de la sociedad según el espíritu del Evangelio, puesto que la fe que profesan no es algo privado, sino que es constitutiva y esencialmente pública y, por consiguiente, tiene implicaciones políticas.

Como consecuencia de la inserción en Cristo, en virtud del sacramento del bautismo, y de la incorporación a la Iglesia, esta presencia evangelizadora de los laicos en la Iglesia y en el mundo no es nunca algo facultativo, sino un deber gozoso y una responsabilidad gloriosa, que cada uno debe asumir como respuesta generosa a la llamada de Dios. Es siempre el Señor, el que llama a todos los bautizados y el que nos envía en misión, fortalecidos con el don del Espíritu Santo, para ser sus testigos hasta los confines de la tierra. Precisamente por esto, sabemos que en la actividad evangelizadora nunca estamos solos. El Señor resucitado, cumpliendo su promesa, precede y acompaña siempre la misión de los evangelizadores, mediante el don del Espíritu Santo, y nos acompañan también con su oración y testimonio los restantes miembros de la comunidad cristiana, puesto que es toda la comunidad la que ha recibido la misión de evangelizar.

La inserción del bautizado en Cristo y el cumplimiento de la misión confiada por El llevan siempre consigo la necesidad de progresar en la conversión personal y en la identificación con las

actitudes, criterios y sentimientos del Señor. Todos los cristianos estamos llamados a estar en el mundo, pero sin ser del mundo; somos enviados a compartir nuestra existencia con los restantes miembros de la comunidad humana, pero buscando siempre los bienes de arriba, no los de la tierra. Precisamente por esto tenemos la responsabilidad de mirar el mundo con la mirada de Dios y estamos invitados a establecer relaciones con los hermanos basadas en el amor y el servicio.

Los que se confiesan seguidores de Jesucristo deben vivir y actuar siempre iluminados por la Palabra de Dios y guiados por la acción del Espíritu, para anunciar a todos el Reino de Dios y para celebrar su salvación. Si no existe este cambio de vida, fundamentada en Jesucristo y alimentada permanentemente por la fuerza del Espíritu Santo mediante la participación frecuente en las celebraciones sacramentales, difícilmente podremos ser testigos del Resucitado con el testimonio de las obras y con la palabra. ¿Cómo vamos a dar razón de nuestra fe y de nuestra esperanza al mundo de hoy, si no dejamos que la vida y la actuación de Jesucristo orienten e iluminen toda nuestra existencia?. Solo desde una actitud de sincera conversión a Jesucristo y desde la acogida de su salvación, se puede hablar a los demás del amor infinito del Padre, de su misericordia entrañable y de la preocupación por los más necesitados. No podemos pretender transformar el mundo, sin buscar previamente la transformación de nuestra propia vida, de nuestros deseos, actitudes y criterios, de acuerdo con los criterios evangélicos.

En la actualidad, un buen número de cristianos vive su adhesión a Jesucristo y su pertenencia a la Iglesia con gran alegría, entrega y generosidad, siendo luz y levadura en medio del mundo. Otros, por el contrario, ante las dificultades para el anuncio de la Buena Noticia, tienen miedo a manifestar públicamente su condición de creyentes, se repliegan sobre sí mismos o se centran únicamente en las actividades y proyectos intraparroquiales. Un grupo bastante importante de bautizados, afectados por los criterios de la secularización y por el indiferencia religiosa, han organizado su vida como si Dios no existiese. Algunos, que se confiesan seguidores de Jesucristo y reclaman su pertenencia a la Iglesia, se dejan llevar en sus actuaciones más por criterios ideológicos y políticos que por la fe en Jesucristo. Piensan ingenuamente que la Iglesia sería más valorada socialmente y el Evangelio mejor aceptado, si rebajamos su nivel de exigencia e intentásemos contentar a quienes piensan con criterios mundanos.

Ante esta realidad, muchos cristianos viven desconcertados, desorientados y tienen especiales dificultades para ser consecuentes con su fe y con las exigencias de la misma. Quisieran crecer en su formación cristiana y alimentar su espiritualidad, pero sienten la necesidad del apoyo y de la ayuda de otros hermanos. Cada día se ve con más claridad la necesidad de impulsar el asociacionismo laical en la Iglesia como concreción y expresión de la comunión eclesial, como ayuda para todos aquellos que buscan y piden una formación cristiana y como medio para lograr una presencia significativa de la Iglesia en medio del mundo. Tanto el Concilio Vaticano II, como los documentos posteriores de los Papas y de los Obispos españoles, recomiendan vivamente a todos los miembros de la comunidad cristiana impulsar el asociacionismo laical, pero esto no resulta fácil en nuestros días debido al gran individualismo con el que vive el hombre de hoy.

Conscientes de estas dificultades, los Obispos de la CEAS, con ocasión de la celebración del Día de la Acción Católica y del apostolado seglar, queremos agradecer y felicitar de corazón a los militantes de estas Asociaciones y a los miembros de las demás asociaciones eclesiales por su constancia y su tesón. Al mismo tiempo, sentimos la necesidad de invitarlos a renovar el entusiasmo evangelizador y el ardor misionero, respondiendo generosamente a los dones que el Espíritu derrama constantemente en la Iglesia y en vuestros corazones. Acogiendo los dones del Espíritu, como en un nuevo Pentecostés, podréis luchar contra el mal y pregonar la Buena Noticia en todas las culturas, pueblos y naciones. Finalmente, os pedimos que, como homenaje póstumo al Papa Juan Pablo II, meditéis y acojáis con corazón generoso y con espíritu eclesial las últimas consignas que dejó a la Acción Católica en el rezo del Ángelus, celebrado en Loreto, el pasado día 5 de septiembre, con ocasión de la beatificación de tres miembros de la Acción Católica: **contemplación** para mantener fija la mirada en Cristo, único Maestro y Salvador de todos;

comuni3n para promover la unidad con los pastores, con las dem1s asociaciones y con todos los miembros de la Iglesia; **mis3n** para que llev3is el Evangelio como Palabra de esperanza y de salvaci3n para el mundo.

Contad siempre con nuestra oraci3n, apoyo y bendici3n.

Comisi3n Episcopal de Apostolado Seglar

Presidente:

† Mons. Juli1n Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela

Vicepresidente:

† Mons. Juan Antonio Reig Pl1, Obispo de Segorbe-Castell3n

Vocales:

† Mons. Francisco Javier Mart3nez Fern1ndez, Arzobispo de Granada

† Mons. Francisco Gil Hell3n, Arzobispo de Burgos

† Mons. Antonio A. Algora Hernando, Obispo de Ciudad Real

† Mons. Atilano Rodr3guez Mart3nez, Obispo de Ciudad Rodrigo

† Mons. Jos3 A. S1iz Meneses, Obispo de Terrassa

† Mons. Francisco Cases Andreu, Obispo de Albacete